

Rita Indiana

ASMODEO

EDITORIAL PERIFÉRICA

PRIMERA EDICIÓN: mayo de 2024

© Rita Indiana Hernández, 2024
© de esta edición, Editorial Periférica, 2024. Cáceres
info@editorialperiferica.com
www.editorialperiferica.com

ISBN: 978-84-10171-09-1
DEPÓSITO LEGAL: CC-88-2024
IMPRESIÓN: Kadmos
IMPRESO EN ESPAÑA — PRINTED IN SPAIN

La editora autoriza la reproducción de este libro, total o parcialmente, por cualquier medio, actual o futuro, siempre y cuando sea para uso personal y no con fines comerciales.

A Julián Rodríguez Marcos

No os olvidéis de la hospitalidad, porque por ella, algunos, sin saberlo, hospedaron ángeles.

HEBREOS 13:2

1992

LUNES

Arandelas de moho cundían el borde del espejo; la humedad se había cargado también el afiche de su último concierto, en la cueva de Santa Ana en el 86. Había sido rojo y estaba pegado a la pared, junto a la cómoda, con pedazos de tape cortados con los dedos. Su cara de entonces, de ojos delineados con pintura negra, los ángulos cincelados de su mandíbula y el collar de perro que le ceñía el cuello transparentaban fantasmagóricos en el papel. En el reflejo había otra cosa. Un hombre sin pantalones, con una camiseta de Led Zeppelin y una sardina muerta en la mano.

Las dos mujeres que habían venido con él reían ruidosamente. Eran demasiado delgadas para su gusto, con el pelo mal teñido y los dientes torcidos, dos grillos que no hubiese mirado diez años atrás. Sus risas eran agudas y raspaban el aire. Eran risas de bruja. Seguro que tenían algo que ver con su súbita impotencia; le habían hecho un trabajo, le habían dado de comer placenta, habían puesto un vello púbico suyo en el interior de una guanábana.

Una se acercó a meterse una línea del perico que había sobre la cómoda; en el espejo podía verse su verdadera apariencia: las tetas eran pellejos de pezones llenos de verrugas verdes. La otra había osado sacar de su estuche una de las guitarras que había por todo el apartamento. Tocaba lentamente las notas del comienzo de «Stairway to Heaven» y lo miraba a la cara sonriendo con dientes que no le caían en la boca; era obvio que se estaba burlando de él, de su camiseta desteñida de Led Zeppelin, de la inutilidad de su pene. Quiso arrebatárle la guitarra, pero la bruja lo hizo girar aferrada con él al instrumento, hasta que lo soltaron juntos y fue a desgranarse contra la pared.

Al ver que se iban chillando insultos, repensó sus teorías. Quizá no sean brujas, quizá estén poseídas por brujas. Quizá las brujas estén fuera, asomadas por la ventana, y me hayan hecho ver a estas muchachas como brujas. Quizá tengo los ojos embrujados, igual que el güevo.

Caminó hasta la sala. Allí, en un librero de madera de ratán estaban sus libros, sus discos de vinil, sus casetes de música y los cinco VHS que le pertenecían, un documental de The Doors, *Teorema*, de Pasolini, *Night of the Living Dead*, *The Shining* y una película porno. Puso la porno. Sintió el calor en el abdomen que precede a una erección, pero el pene

le seguía colgando como una media mojada. Apagó el televisor sin lágrimas con que llorar, pensando que eso era peor que un cáncer, que perder un brazo. Sintió frío. Se quiso morir. Se sentó en el sofá con la cabeza en las manos, pisándose con el culo unos cojones que se escurrían como el agua para ocupar todo el espacio disponible. Ese cuerpo que le había servido por décadas, un cuerpo que había sido hermoso y que había sobrevivido a todo tipo de horrores, estaba sucumbiendo a la única brujería sin antídoto: el paso del tiempo.

La luz del día entró por el ventanal del balcón; los efectos del perico se desvanecieron y con ellos se desvaneció también la sensación de unidad. El perico confundía las cosas, creaba una amnesia cerrada en la que se creía uno con su caballo, uno con ese cuerpo que empezaba a dejar de funcionar. La cantidad apropiada le permitía creerse humano, con ombligo, nacido de hembra. Un bolón de coca era el antídoto para el hartazgo inconmensurable de la eternidad. El sol le calentó las piernas, cansadas por el trajín nocturno. Quiso agua y bebió, quiso mear y lo hizo, quiso darse una ducha, pero su caballo, desobediente, volvió a echarse en el sofá. Sin perico, Rudy Caraquita, el verdadero dueño de ese cuerpo, recuperaba su voluntad y Asmodeo, el demonio que lo habitaba, volvía a tener sobre su anfitrión el poder que tienen las obsesiones, los susurros, los recuerdos.

En otros tiempos Asmodeo habría creado la imagen mental de una ducha, le habría recordado a Rudy el alivio que el agua fría había traído a su cuerpo en una situación similar. De la misma forma habría abierto su apetito, lo habría convencido de desayunar, de tomarse dos, tres cafés, de repararse, de prepararse, para al final de la tarde salir a buscar otro gramito. Pero Rudy tardaba cada vez más en recuperarse de la diversión e insistía, durante esas largas resacas, en la desagradable costumbre de pensar en su pasado, en cosas tristes: las traiciones, las malas decisiones, los seis años sin componer.

En el interior de su anfitrión Asmodeo no podía evadir estas películas; si fuese un atormentador, pensaba, tendría el trabajo hecho. Le parecía cómica la espontaneidad con que la mente de su caballo hacía desfilar todos los errores cometidos. Era una tendencia humana con la que la Iglesia había hecho negocio. Era también, y Asmodeo la disfrutaba, una forma de embriaguez.

La migraña gigante que surgía junto con el sol inmovilizaría a Rudy el resto del día y le haría vomitar en una ponchera de plástico junto al sofá. No le quedaban amantes ni amigos que quisieran venir a socorrerlo, a hacerle sopa de pollo, a servirle agua con hielitos. Asmodeo calculó el tiempo que la resaca le dejaría ausentarse; abandonar su caballo suponía el riesgo de perderlo, de que otras entidades

ocupasen su puesto. Pero ¿quién iba a querer montar aquella morsa?

Como un ancla que arranca corales cuando la elevan, la salida del demonio hizo que Rudy vomitara una baba amarilla con un ojo prieto en la ponchera. Afuera de Rudy y disuelto en lo invisible, Asmodeo era una nube de pensamientos sin cabeza. En ese estado la escritura de su nombre con pólvora podía someterlo a vivir en un caldero, sirviendo a intereses humanos, obligado a amarrar a amantes, a enloquecer a enemigos, a enfermar a rivales por pleitos de tierras, conjuros que podían desenredarlo como a un hilo en el viento. Para evitar estos desenlaces había establecido rutas seguras, horadadas por su ir y venir, hacia el refugio de otro cuerpo que lo recibía a cambio de favores. Sus precauciones no le hicieron falta. Lo llamaban.

Mata Hambre se llamaba así porque había sido una finca sin vigilancia y llena de árboles frutales en donde los peatones se metían a robar mangos, aguacates y guayabas. Las copas de esas matas estaban en constante movimiento, mecidas por una brisa que venía del Malecón y que hacía caer las frutas en manos de los hambrientos. Cuando Balaguer eligió esas tierras para construir allí su primer complejo de edificios en el 66, tumbaron todas las plantas comestibles y las sustituyeron por javillas, árboles que daban mucha sombra, pero cuyos frutos, además de venenosos, llenaban con el vello verde de su cáscara el agua de las cunetas. El tiempo y el sol destilaban en ellas un extracto ácido que se elevaba, hediondo, hasta el tercer piso. Tan pronto estuvo adentro de Mireya, Asmodeo pudo olerlo junto al perfume dulzón que la mujer echaba por toda la casa para disimular el tufo que provenía de una de las habitaciones.

Estar en Mireya no era lo mismo que estar en Rudy. Rudy era un traje que Asmodeo se ponía, ojos con

los que veía, manos con las que agarraba, pies que acompañaba en su andar. Mireya no era un caballo: era una sala de espera, con reglas que acatar todas impuestas por ella. Esa sala de espera estaba a oscuras y caliente como un sauna. La única luz provenía de las pantallas, dos superficies al fondo de la sala donde se proyectaba lo que pasaba en el exterior de la bruja. La pantalla izquierda daba acceso a la perspectiva de Mireya, lo que tenía frente a los ojos: una cliente de unos dieciocho años, con un t-shirt de Iron Maiden, las uñas pintadas de negro y un rocío de pecas en las mejillas; el pelo, rizo y oscuro, le tapa la mitad de la cara. Asmodeo la encontró hermosa. La pantalla derecha mostraba detalles del apartamento, saltando aleatoriamente de una cosa a otra: Mireya, sentada en una silla del comedor vestida con un conjunto fucsia y pollina; los muebles de pino, con la pátina del aceite con el que los brilla; las ventanas de aluminio; un san Antonio Abad frente al que arde la vela negra que Mireya usa para llamar a Asmodeo.

En la sala de espera, que solía estar llena de entidades, reinaba un inusual silencio. Asmodeo se arrellanó a contemplar las imágenes, hasta que una peste picante y amarga se regó por el extraño cine y se dio cuenta de que no estaba solo. Bajo la débil luz de las pantallas, un macilento mico con cuernos batía sus alas sonreído. Era Icosiel, un demonio pestilente. «¿Qué haces aquí viejete?», le preguntó, e

Icosiel le respondió, cacareando la risa: «Buscando nueva residencia para mi célebre flatulencia». Buscaba una yegua y había venido a ver a la cliente de Mireya, que en la pantalla izquierda explicaba las razones de su visita: «Siento un peso en la cabeza, en la nuca, en los hombros, un dolor en los huesos que no me deja dormir». Con su ropa negra, su tierna agresividad, no sabía que la estaban subastando, y sus ojos parecían penetrar a Mireya hasta la sala de espera, mirar a Asmodeo, pedirle ayuda a él.

Al igual que Icosiel, Asmodeo también buscaba un caballo nuevo, un macho joven, porque el suyo estaba hecho mierda. «Quizá esta chica tenga algún amigo –pensó Asmodeo– con quien podría convivir.» Era un desperdicio que se fuera llena con la asquerosa convalecencia de Icosiel, para cuyos chistes rimados tenía muy poca tolerancia.

Mientras en la pantalla izquierda la muchacha le pedía a Mireya una limpieza espiritual, en la pantalla derecha aparecía el payaso de cerámica que colgaba sobre el viejo televisor y luego el cenicero de cristal de la mesita de centro, limpio excepto por un chicle mascado. En esa misma pantalla Mireya entrecruzó los dedos llenos de anillos sobre la mesa y, presa de falsas genuflexiones, rezó la oración del santo cayado, una bobería que se había inventado con el fin de que Asmodeo supiera que iba a crear un objeto mágico para esa cliente. El objeto sería un refugio

fuera del cuerpo de Rudy, fuera de la sala de espera de Mireya, un tercer garaje desde donde Asmodeo podría asomarse al mundo de la muchacha.

Mireya sacó un cuchillo militar de detrás del cuadro de san Antonio Abad. Le pidió a la muchacha que agarrara el mango con el filo hacia abajo, diciéndole con una falsa voz maternal que aquel cuchillo la limpiaría, que era una protección. La muchacha se arrodilló como un caballero que va a recibir un honor de su reina, y Mireya, tomando la vela negra con que había llamado a Asmodeo, dejó caer una gota de cera sobre la empuñadura y escupió sobre la navaja. Asmodeo salió expulsado del interior de la bruja junto con su saliva y se clavó en el cuchillo, no sin escuchar los improperios del desplazado Icosiel, que abandonaba a su vez la salita de espera en forma de eructo.